

INSOMNIO VOCAL

ETHEL BARJA

INSOMNIO VOCAL



ALASTOR EDITORES

INSOMNIO VOCAL

Primera edición: mayo de 2016

Tiraje: 500 ejemplares

© Ethel Barja Cuyutupa

© ALASTOR S.A.C.

Para su sello editorial ALASTOR EDITORES

Juan de Aliaga 564 Dpto. 1305, Magdalena

Lima - Perú

Telf.: (511) 460 5442

alastoreditores@gmail.com

Impresión: F. M. Servicios Gráficos S. A.

Henry Revett N° 220, Santiago de Surco - Lima

ISBN: 978-612-4294-01-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-05444

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso expreso del autor y de los editores. Todos los derechos reservados.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

*A Esther, Marcelino y Joel,
raíz móvil*

*el texto entretrejiendo entramando entrecorriendo puntos respuntos
dispuntos texturas el estelario estepario de palabras costurando ávidas*

Haroldo de Campos

Caligrafía de la sutura

Las aguas descifran su retorno a la misma piel.
Ante el estrépito abismal de los pozos abiertos,
la sutura es un mal sueño.

hilos

1

Espero la fuerza que interrumpa
este crecimiento que se alza entre mis huesos.
He soñado con la destrucción de sus muros.
Sitiada por sus cristales,
observo su gesto ilimitado.

El enjambre que habita mi pecho
me tiene en vela
y pienso dismantelarlo
con una fórmula sencilla y sin alquimia,
como quitarle el pelaje a un gato
hebra por hebra.
Por eso mis luces encendidas en horas diurnas.
El juego que guardo bajo las uñas
es la asfixia lenta de cada vocablo,
mas ellos se atrincheran,
llaman a una nueva criatura
y ella pone su cuerpo sobre mi espalda.
La danza de su ruido
canta con mi carne.

Cae sin estridencia
desde el sueño abierto entre peñascos.

Signo abandonado a su relieve.

Ella apoya los ojos,
rasga otras voces en la bruma,
inhala y expira el crujido
donde se abren y se cierran esas costras,
branquias de la existencia.

He cosido la noche
de tus carnes misteriosas.
Oscura caligrafía
de azafrán que nada sana
de enredadera en la lengua.
La caricia en el tímpano nutritivo
dormida sobre la piel de la sordera.

Eco en vela

Ir por la falange despacio, atravesarte,
como un alpinista al borde de una costra.
Devorar una que otra oración no por saciedad,
por malicia.
La destreza duerme en los paladares,
hierve entre las preocupaciones dentales
y se hace dura simulando pretensiones serias.
Crío este equilibrio en el fondo de una botella,
abismo al que despierto en el delirio,
y veo cadáveres incendiados que vuelven el rostro
y dejan expuestas sus lenguas de fuego,
lenguas entrecruzadas de vértigos coleópteros,
la roja pulpa de un mal sueño,
ojo del paso estacional de los seres afebrados,
el vagabundeo de su hambre,
la cerca de sus huesos.
Veo el lomo de la manada como una pieza indestructible,
mi reflejo en la fuente seca,
en la garganta deshabitada de la ira propia.

ut sculptura poesis

*El poema respira por sus manos
que no toman las cosas: las respiran
como pulmones de palabras
como carne verbal ronca de mundo*

Roberto Juarroz

Quiero persuadirme de esta opacidad,
la que abrazo como a un animal inocente.
Quiero persuadirme del gozne
que albergo en mi costado,
quejido del párpado piedra,
cerrado para siempre.
Esculpida en el temblor sin fondo, comprendo:
mi mármol es y no es su borde,
es todo él su cantera, es mi mueca erguida en la oscuridad,
es la mano en equilibrio sobre mis labios arqueados y secos;
mi mármol es la corriente de posibilidad sitiada detrás de una
oreja de piedra
que oye y ve hacia adentro el brillo tibio de esta materia.
Bifurcación de la mirada frente a la hora dormida,
la de los linderos afirmados,
la de los linderos por venir,
vibrantes en un concierto en movimiento
en el extremo de mi gesto suspendido
el de la pregunta multiplicada en la duración
mis ojos piedra cerrados son la cantera y su herida transversal.

las pesadillas de lo visible

1

Las sombras dejan sus prendas en la oscuridad,
se cobijan bajo las luces de neón,
mudan la piel entre chispazos plastificados.
Abiertas todas las pupilas,
ninguna penetra su brillo.

Esas sombras caminan desnudas,
en los rincones dejan sus gestos de amor.
La palabra se abre sobre esa danza.
Todo oídos el tránsito me acaricia,
germina el zumbido de la caña
en la carne macerada.

2

Memorias, criaturas que deambulan por las calles,
con ellas tropiezo,
las insulto,
les reparto unos cuantos manotazos,
enmiendo su postura.

Ellas contestan con un ruido en retirada,
arremeten con un bostezo insoportable
y cuando por fin de puro cansancio se alejan,
las sueño arrítmicas e inofensivas.

Un parpadeo, un descuido,
y voraces avanzan más acá del sueño,
y ya no sé cómo mirarlas,
con qué violencia,
con qué compasión.
Las pongo sobre mi espalda
para que inflen sus pulmones y enciendan sus huesos.
Las pronuncio y bebo su ritmo
seducida por su oscuro costado.

3

cu er das

mu ti la das

El cáñamo y el péndulo de lo visible.
Demasiado inútil abrir la mano
y decir, «cae», simplemente, «precipítate».
Todo cabo está extraviado.
La mano siempre está abierta
y todas las sogas en vela

sin saber de dónde sacar más nudos,
más tiempo, certeza del puño
y el cáñamo apolillado gira loco en el horizonte
estremecido en los umbrales,
tras el tejer empecinado, ciego, dando tumbos.

4

El crepitar de lo que cae,
los ruidos imperceptibles,
los gestos repentinos en cada esquina,
el tumulto y los cuellos atrapados,
la garantía del orbe encendido.
Algo familiar muere en cada objeto
con su muerte de callejones sin salida.
Van y vienen de lo inerte,
la inmovilidad anhelada,
no asir
dejar
caer

.

El mal hábito de las palabras
se nutre de este plato.
Todo el ruido devorado
alcanza su centro tibio
en el ritual de la incisión y la costura.

sol nocturno

*Esto es lo que queda
con mi mundo te prolongas
cometa de los muertos.
Lo que queda es el abrazo
del vacío
un anillo circular
que su dedo perdió.*
Nelly Sachs

Noche, tus ramas se confunden en las cercas,
tus voces llegan para poblar mis pestañas,
nidos calientes, germinales,
umbral donde la imagen del porvenir se incendia,
donde dormita la mañana hipotecada,
el regreso de la roca del penitente.
Noche, esta presión en la sien es tu sombra que crece
para rasgar los espacios prometidos al futuro
superficie dada tantas veces, afirmada, hecha surco.
Noche, este escalón lo pulimos en tu centro
para que soporte el ascenso y la caída
y vengan los pies en presente
y entierren los pasos en falso.

Los huesos que buscaba en los sueños
tintinean al viento entre las primeras luces.
La tierra mana de la raíz
el agua se levanta en la sed
y todo a lo que algún día despertamos
duerme en nosotros
como un rumor en la piel.

insomnio

1

Te escribo, oreja de tiempo,
a ti te escribo,
piel temprana
cuando el filo de la luz es un extraño gesto.

En cada paso en la claridad una sombra me da la espalda
se desviste en silencio, como después de la llovizna
y su borde extiende el brazo, limpia mi frente.

A veces escalo las luces
hasta tu centro desierto
y bebo como un pez extraviado
en tu vientre estanque,
memoria líquida
donde mis agallas se reclinan.

A veces escalo las luces,
abrazo el centelleo más sólido,
densidad de tu torso dormido,
gravedad que me pronuncia.

Erguidos ante el viento.
 El calor de mediodía nos da tregua.
 Se muestra el tiempo como permutación absurda.
 Detrás de cada rostro
 ensayos de catalepsia.
 Vuelvo a soplar tus huesos,
 a caer de pie sobre tu pupila.
 Te deslizas como grito ahogado.
 Danza coral en el entramado de tu pecho,
 destrucción lenta del macizo sueño,
 del ensimismamiento detrás de las aceras,
 de sus abismos encubiertos,
 cenizas, fin de trayectoria.
 Una palabra que se enfría y cae.
 Desintegración de los nombres,
 hacia las bocas descendien
 hacia los ahuecados peldaños de piel.

La grieta en el sueño nos observa.
 La asfixia de los brazos.
 El sol camina adentro
 trenza la noche.
 Los pedazos de luz cercan las membranas.
 Las palabras aprendidas retroceden.
 Dibujo ese rostro.

Su figura incompleta abre los ojos.

Te ordeno, ausculto tu cráneo,
 lavo con esmero la nostalgia,
 la fijo en la red en pedazos.

Ausculto tu cráneo.
 Nostalgia de escamas.
 El contacto con las redes.
 La circulación que se aleja.

Tu cráneo de barro al borde del templo.
 En la danza del naufragio,
 la belleza del yo tan lejos de sí.
 El ojo que se espera delante de los espejos.
 Desaparición y encuentro con el afuera.

Te guío con mis ojos ciegos
 y tus miedos se repliegan.
 A veces deben abandonarse las ventanas,
 su marco apetitoso,
 su intermedio cálido.
 Abrazas la visión discontinua.
 No es un paso en falso
 reclinarse sobre un suelo movedizo
 o despertar con el sobresalto en la frente.
 Este suelo está vivo,
 como tu sangre que avanza.
 Te guío con mi ceguera en flor
 para que abras esa sombra en tu pecho,
 veas la garganta despejada de la noche,
 y sobre el suelo encendido
 eleves tus pasos a la danza;
 porque más ojo entonces verás
 la fuga de este territorio
 como la fuga de la firmeza simulada,
 la huida del mortal aburrimiento;
 y seguirás mis cuencos desolados
 hacia los inversos puntos cardinales.

Ellos se miran en los espejos
 y se reparten el temor del reflejo en llamas,
 abrazan el esqueleto
 o solo la tibia de sus ausentes
 para esconderse rosados y sedientos
 y cocinan vegetales,
 historias de arena.
 A veces cuentan detrás de los muros
 hasta cien, despacio y sin que nadie haga ruido
 y coinciden en las sombras
 rotos los espejos
 aniquilada la luz.

Desciendo,
 como todos los días,
 contra mis rodillas,
 me ausento.
 Esta escucha en tu ronquido.
 El penetrar sordo que alimenta,
 precipita.
 La ruta clara hacia el humus,
 hacia la contienda primigenia.
 El insomnio del adentro.
 La promesa del afuera.
 Riesgo de los hilos incisivos
 con sus bordes brillantes,
 manjar de abejas dormidas.
 Anunciados los peligros de la implosión
 de los vuelos devorados sobre la fiebre deliciosa,
 rozamos en la asfixia
 el aire en abundancia
 poblado de opacidad y cenizas.

La caricia del no saber atrincherado,
 como el arquero perdido en el beso de la precisión y la ceguera.
 En esa fuente donde se contempla,
 la respuesta ahuecada carcome los contornos
 transformando el aire en extraña criatura.

umbral

Orientación suspendida,
la furiosa coincidencia con uno mismo
dando golpes contra el rastro horadado.
Cuesta abrir el curso al parpadear del abismo,
Recoger las nueces en la noche,
esconderlas en el día.
El gesto íntimo, desconocido.
Salir tal vez sea una mueca del absurdo;
y si saliera
amanecería cíclope entre las luces,
pelaría la cáscara del espanto para los niños,
Segismundo despertaría en mi ojo solitario,
soñaría ser el pez entre las aguas.

danza

Extravío en la hendidura,
en la encrucijada que surca la epidermis,
yo, sonora habitante nocturna,
acaricio las cuerdas arrancadas,
el tibio espacio de las desapariciones.

El pulso de lo que me rodea
devoró todo contorno,
atravesó mi lengua.
No hay más luz que la abundancia de lo que muere.
Vagan los reflejos en desconcierto
mientras te poseo detrás de las puertas sin umbrales.
Voy divisible, arco ensimismado.
Se atiza la fuga de las pieles en colores terráqueos.
Crece la inquietud de lo vivo y fragmentado.
Duerme la imaginación de lo uno y de lo otro,
de lo uno en lo otro
de lo otro más otro.
Deshojo con los dientes los abismos,
paladeo los carbones encendidos.

La visión quebrada es condición de la pupila.
Doy innumerables veces contra tus astillas
felizmente afiladas.
Ritual de la desintegración,
confusión entre vacío y vacío.

fuga

A veces en el traspasar de mi eje
me agito, río, mastico
deseos de encontrar la elasticidad que me ausente.
Contra una pared y contra otra,
los recorridos incansables tan sin puertas,
con las llaves extraviadas en las bocas.
Sobre los días irrisorios
mis reflejos se detienen.
Hurgo en las capas de la duración,
recuesto la cabeza sobre la promesa de reposo,
tenue caricia del estallido unánime.
Recorro estas calles frenéticamente,
su pozo abierto, letargo, lejanías.
Las manos y los ojos extraviados
y el oído que resiste
como náufrago entregado al remolino,
al necio ruido de piel agazapada.

implosión

Cadencia de cristales rotos
tiembla la tierra
va y viene desgañitada.
El silencio que destila a lo lejos.
No hay espacios que no se hayan llenado sin más espacios.
¿Adónde, tan tarde?
Lo comido y bebido a medias,
la vena expuesta,
lo conrito.
El miedo colonizando los bordes
y el regreso innumerable hacia adentro.

baile

Vuelta hacia el camino ondulado,
hacia los racimos de la memoria.

Destreza del nihilismo,
el paso que desvanece,
capas superpuestas de amaneceres,
cenicientos rituales de la danza mortal.
Toma tiempo alinearse a la esterilidad,
seguir su línea indigesta.
Toma tiempo
sentir el calor del espacio en la grieta,
el camino sin resonancia,
como la sonrisa mutilada en espera,
diferida en miles de bocas.

Voces que edifican una cárcel de espejos.
En su letargo abrimos las ventanas,
seguimos jugando a enterrar mariposas,
a perforar la tumba de colores imposibles.
Entre el cascajo nuestros pasos no cesan.
El trigo madura como las manos.
La palma espiga limpia el horizonte.

refracción

*Como por encima de los dioses el Destino
es calmo e inexorable,
por encima de nosotros mismos construyamos
un hado voluntario*

*que cuando nos oprima seamos nosotros
eso que nos oprime,
y cuando entremos noche adentro
por nuestro pie entremos.*

Ricardo Reis

El miedo te invade.
En la orilla de siempre,
me asomo sin vacilar.
Tiemblas a distancia prudente.
Lucho con un hilo de sombra, despojo del verano;
persistes como mancha en la foresta,
un balbuceo aburrido
mientras mis pupilas extirpan
la húmeda realidad de una duplicación inesperada.
No dejas de apretar los dientes,
de hacerte ojo solo para que ese ojo grite
que alinee mis pensamientos
en un «orden extramoralmente calmo,
obscenamente extasiado por la maravilla del sonido,
la redención rítmica de lo bello, lo bueno, los blancos de la página...»
Y veo claramente esas fauces,
 escombros desplazados hacia su espina dorsal,
 mirándome con familiaridad.
 Doy el salto,
 calcinado rostro de la transfiguración.

metamorfosis

Sombras de gestos familiares,
inflexiones en el espacio
como plumas estratégicamente enmarañadas
resguardando la piel,
asegurando el calor.
El estrépito germina violento en la garganta de Eco.
La muerte de los reflejos yace en un solo hilo firme y vibrante
vaporoso y de cáñamo fuerte,
y regresan los ahogados y sus respiraciones irrepetibles.
Aquí navegan los días en vela
mientras sangran los oídos de la flor blanca.

Renuevo estas agujas
en la costura imposible de borde rojizo,
en el vocablo salado
en la geografía del calor efímero,
en los pasos reunidos en la línea del horizonte
que van como marcas de angustia en el oído,
como la huella de la voz que su lengua no roza,
el insomnio de *la ninfa vocal*.

s u e ñ a l a i m p l o s i ó n

mi playa, Narciso,
 las permutaciones estacionarias
 inmarcesibles
 ¿narcótico / incisión?
 enarcar conciso
 en el tedio de la sutura
tú, que no puedes regresar

primer inciso

las pulsaciones de la naturaleza
se descifran en las capas
de los algodones de azúcar
per inciso
nubes en brechas de colores
en la pericia y precisión de la lengua

*El tiempo del mundo es un niño que juega a las tablas,
de este juego es el reino.*

Fragmento 52, Heráclito

Entierro estas cuerdas
en medio del jardín,
ofrenda a la noche de sus pasos.
Esta bandeja de plata bajo la tierra
vaciará de sí todos sus reflejos
dejará de murmurar para adentro.

Entierro esta ave viva
en medio del jardín
para que su sangre llegue
de la raíz a la fruta
que sirves al alba.

Entierro este vocablo salado
donde los niños escarban entre risas
para que lo desgranen entre sus dedos
y liberen el salto que lleva en su centro
prendan fuego a la hierba
y se injerten en una danza sin fin.

Recién llegado agrieta el aire
se ciñe a su presencia sin bordes.
Sus dientes luchan con su propio estrépito
y pregunta por él a sus extremidades.
La palabra antes de la palabra
brilla en su paladar.
Ese amasijo de calles
transformadas en resonancia.
El plural en una sola sílaba
se descubre en el ojo recién nacido,
abierto al sinnúmero que pulula,
a su estrellarse vigoroso,
el nítido murmullo que sonrío
en la piel tierna en sudoroso destello,
y lo que ellos soñaron camina consigo en las veredas,
y hablan entre ellos como nunca antes
tocándose como nunca
en la encía de la criatura,
en el espejo de su grito.

Volveremos como el peso del día,
como lo que regresa en otra densidad
a calzarnos de polvo,
a emprender esa cuesta.
Las piedras otra vez piedras y más.
Tocaremos su extremopreciado
las sumaremos a estos botines
multiplicados en nuestras espaldas.
Entre estos dedos pequeños
el musgo se elevará a otra materia
al son de nuestro canto imperturbable,
guía de la expedición entre las ramas.
Volveremos a los usos y costumbres
de la reconstruida capital de aquel país remoto,
donde llegamos, delimitamos, nos raspamos las rodillas
y nos detenemos a consolar al más pequeño.
Nuestra madre vendrá y medirá nuestro territorio
y la veremos tomarnos uno a uno de la mano
y un poco de leña para abrigar la noche
y un poco de oscuridad para encender el pecho.

Amasamos la arcilla
ahora que todavía no nos llaman.
Respira lo que soñamos para ella.
Si el aire fuera propicio
nacería como una balsa
y habríamos traído nuestras redes
o nuestros peces abecedario,
pero hoy que late al contacto del agua
no puede ser más que este tambor
que enrojece al paso de la tarde,
un ronquido que madura
al pie de nuestra jarra diminuta.
Un tambor que crece un baile,
que se alza en nuestra risa.
Ningún llamado se escucha.
El otro lado esperará
mientras coloreamos los redobles
y atizamos esta larga fogata
de la lumbre a la lumbre.

Había una vez venía suave en tu voz aquellas madrugadas; y *había* era una estrella de mar aturdida en medio de la calle que buscaba un rojo precipicio o hacía espacio para sí. La veíamos apenas y pensábamos en su vientre enorme. Cuando el frío afilado despertaba nuestros dientes, remontabas *HABÍA*, con más ánimo y más saliva. Debíamos concentrarnos en algo detrás de nuestras espaldas. Tal vez cuando abrimos los viejos baúles y metimos las cuatro prendas; sí, ese momento antes de cerrar la puerta, pero *había* seguía cavando en nuestras frentes con sus brazos chispeantes. *Había* tan solitaria solo deseaba hacerse espacio para enterrarse y dejarnos libres al presente. *Debe tener frío*, pensábamos. *Había, no temas es solo una vez*. Una vez que trajera ese antes de guardar las sábanas en los baúles y se hacía tarde. Sacudías tu voz como para agitarnos la nuca, *HABÍA UNA VEZ*, y no podíamos concentrarnos; *una vez*, repetíamos para coserla al *había*; pero *había* escarbaba también en esta vereda. Cerramos las puertas detrás más de *una vez* y *no había*.

Una ventana para no mirar,
para tener qué tapiar en el invierno.
Una ventana para darle hogar a la mugre
para enrarecer el aire adentro y acoger la brisa
de afuera, siempre impoluta, tan fresca.
Una ventana para sitiar el adentro
para que el viento arremeta
y haga peligrar las cabezas.
Una ventana que espere su destrucción
pacientemente, con las astillas en guardia
con su cristal opaco, garantía del sobresalto.
Una ventana como un precipicio,
como el borde del dedo de un niño que señala,
como la vitalidad de las estatuas nocturnas,
la escisión en el muro de carne.

Es la temporada cuando todo desciende,
cuando los brazos recogen las frutas
ausentes de las bocas en otro tiempo,
cuando la encorvada Eco
se sienta con nosotros a la mesa
y caen sus palabras
a horadar la superficie.

Piensa:

«Para mover una sola célula,
para cubrir la grieta entre los guarismos,
la síntesis duerme su noche química,
mas el yo no advierte este desfiladero
su cárcel es su cómodo regreso a sí mismo».

Eco esperará la traslación de la tierra
o llegará tras el peso de la luz,
último cadáver de la temporada,
punta de la madeja eternidad.

Otro espacio donde desocupa el cuerpo,
desintegra el trazo sostenido,
y se recoge entre paredes ajenas.
En sus manchas y fisuras,
cae para descascarar el tiempo,
con las uñas pela otro lugar,
echa mano de la ceguera naciente
y hace camino para su erizo.
Apareció en un parpadeo de la larga noche,
sus huellas aún revolotean sobre su lengua.
Ella misma afiló sin prisa púa tras púa,
lo instruyó en la negación de la madriguera
la ramificación de la llegada y la partida,
el paso certero entre la bruma.

Arte negra: mirar sin ser visto a quien nos mira mirar.
Blanca Varela

aquí

mírate

al calor de esta marea que crece

N = N

líneas que se asoman con un peso en el vientre
y se tienden rendidas ya vocales

con tus ojeras te remontas

¿qué viste? ¿cómo eran las aguas de ese estanque?

inclínate y recuerda

¿lo sabías tú?

o viste los ojos de Lezama

soñarte en su punzón nocturno

Ya traspasa blancura recto sin fin en llamas secas y hojas lloviznadas

Chorro de abejas increadas muerden la estela, pídenle el costado.

Así el espejo averiguó callado, así Narciso en pleamar fugó sin alas.

escudriñó espejo mal pulido

escarbó sus contornos,

las puertas falsas

y supo su *no yo*

una piel de sedimento

veinte sobre veinte

¿cómo no repudiar la traición del gesto!

lo sabías

cada mañana al fijar la mirada

el estanque era opaco

todo regreso era la púrpura negación

del regreso

segundo inciso

magnetismos

sus pies pequeños migran

hacen al ojo menos ojo

en los desniveles abren sus libros

pintan una barba imaginaria a la doncella

abismos

oculares

abrigan

sus manos

Busco mis ojos infantiles,
los acordes sin cuna.
Más allá su cuello germina.

Sordera canta en la espesura:
«La representación es solo un movimiento,
su verdad habita escasas correspondencias
de duración y heridas».

La maleza se abre paso en mi piel.
Las cicatrices me muestran el camino.
mis plantas se hacen ojo de este bosque.
El mutismo abarrotado de estridencia.

Templada su voz, Sordera atiza una fogata,
ha reunido los carbones.
El humo me alcanza, agradezco y lo sigo.
Ella me besa, me incendia los ojos:
«Es preciso ir más allá de los cuencos de luz,
espera al otro lado la aspereza de la forma».

Resbalan lentamente también mis oídos,
la negación perpetua como la sombra de cada objeto,
su densidad escala el pecho, anida sin prisa,
abierta ya la hora sin inicio, sin fin.

Sordera enciende las velas
el plural del afuera atraviesa mi orilla
abrazo la implosión de la escucha.

Suena la piedra contra la piedra en el mortero.
El abrazo del viajante que atraviesa la puerta y la abandona.
Suenas leche ensimismada en la penumbra
y voy contra las paredes, sus costados abiertos.
Los pasos dejan hoyos negros que susurran,
graznan en el alba y la gota cae crispada en el cascajo.
Miles de vueltas en la cama y mi oído traspasado.
Suena el tronco en dos mitades alumbradas,
la luz misma deja su fragor en la legaña.
La voz no se encuentra más en los espejos
su rostro es la masa sonora que golpea,
el duelo enmudecido que rasga los cristales.
Volver a sí es extravío, acorde trunco.
Les replico ante su dureza, su gozne, su lechoso movimiento
lo que he cernido por escucharme,
señalo la mancha roja en los tamices,
y me escucho en ellos como si volviera muchas veces
y mi piel madura un fruto extraño con miles de semillas.

NO HABÍA se recostaba en la estepa como para escuchar un latido mientras zurcía sus ropas. Alzaba su voz como la última actriz de esa pampa y recitaba sus líneas a las hierbas que arrancaban sus cuellos del suelo. *No había* respiraba como una liebre desorientada, adivinaba el arriba y el abajo con la furia creciente en su pecho. Maldecía nuestro paso sostenido, nuestra inacabada sombra. *No había* despreciaba nuestros ojos expectantes, nuestra lengua alerta. Nosotros avanzábamos en su territorio ahuecado. *No había* era los relojes detenidos y nosotros la negra enredadera escalando su miedo. *No había* lavaba su rostro a todas horas deseosa de arrancarse la piel segunda y nosotros arañábamos un zumbido en su lengua. *No había* quería su cuarto propio y a veces miraba con ternura. *No había* solo deseaba un espejo y no se lo dimos. Tuvimos miedo de que se tragara a sí misma en negación prolongada, en su canto negro. *No había* corre por siempre y dice incansable no estar; y nosotros vamos tras ella minuto a minuto ebrios de su *No*.

hacer el desierto
como ir escarbando una gran boca
que nos entregue un blanco precipicio
donde desovar en el invierno

hacer el desierto
y no encontrar un solo rincón
donde se calle este susurro
la transición de lo orgánico

hacer el desierto
y no hallar un confín
lo suficientemente llano
para borrar todo cimiento
solo el despiadado perfil
escarpada dureza nos mira

hacer el desierto
como quien llena un vaso de agua
y busca el remolino
como atizando un viento voraz
el soplo invertido de Dios
y no saber qué hacer con los escombros
que nos cierran el paso

hacer el desierto
como recoger fragmentos
sin querer en la espalda
y no poder más con ese peso
que nos obliga a bajar la mirada
y verlo todo lleno
de imborrables gestos acumulados
marcas de cierto
ocupándolo todo

Imágenes de ayer descienden día a día
como hiedras oscuras a un extremo de la calle.
Su desplome no perturba.
Amaría su arco de anulación,
o un leve gesto de abandono;
pero persisten, se multiplican,
cicatrices encendidas,
son el rastro de otra hora,
otro rechinar, otros gestos,
que van contra la furia
que las arrastra y las pone en frente,
para que no aparte la mirada
y se refugien en mi costado,
costra y extremo arenoso,
torso de pez
que acaricio en las noches
cuando retorno al primer viaje.

Punto ciego.
Demasiado cerca
y las criaturas se aclimatan
a la visión rasgada.
Un trino en el ojo,
tan lejano como la reunión de esta máscara y mi carne.
El solitario pensamiento,
el oscuro intermedio de lo presente
y ese llano de lo acontecido
que riego sin nostalgia,
que crece al paso de la bandada
dispersa entre las sombras.
Llano abierto con su voz desértica señala
«no se pueden recoger los pasos
solo los precipicios germinan».
En las alas hojas afiladas y brillantes
de otro tiempo en la altura
de otro mal sueño en la nuca
del pico contra la tierra.

tercer inciso

no conocí al padre de mi padre
conocí intervalos que lo pensaban
puños sin palabras aprendidas que negar
aquella mirada que perforaba el aire
el ocaso de la temblorosa materia

Sor Juana te creyó el verbo
mientras atraviesa el claro
sus propios pasos escucha
un lirio le recuerda a Eco
*¡Oh pese a mí, que ya empieza
Su Muerte a mostrar el fruto
de aquel misterioso Grano
que escondido en el profundo
pareció muerto, y después
tantas espigas produjo!*
te vio como el trigo caído
que abandonó bermejo su soledad

¿Qué viste, Narciso? ¿Cómo eran las aguas de ese estanque?
delirio sin confines
proliferación del terreno
*urulario
lalilá*

hay palabras que se llenan de tiempo
que se erizan en el oído
embriagadas en su origen opaco
palabras errantes, que van cicatrizando
guiadas por un hambre indescriptible
por negadas inscripciones
en metal fundido y permanencia
te señalaba
mientras entre las espinas abrías tus extremos
tu nombre transitaba hacia esa grieta viva

tu danza solitaria en blanco y negro
los retazos de tu centro dulce
en los dedos pequeños
presencia abierta en púrpura

polen cercado
la zanja que se abre al fino contacto
y los cuerpos atisbando en el fondo
masticado tu nombre una y otra vez
en pantallas brillantes, sin perfumes,
los rostros buscándose a oscuras
confundidos sus huesos
can-tu-ta

instantes sonoros
ya sin lugar para tu crecimiento salvaje
alumbrada por el calor de las velas te buscas
y voy tras de ti buscándote en cada tallo
escarbando en mi garganta
en el aullido de las sombras

con la piel alerta
intento abrazar el tiempo
como a un oscuro fantasma
despojado de sus prendas
desorientado y tembloroso
imagino velar sus noches
con sus restos de escombros en la frente
mapas de destrucción que crecen
como las huellas que limpiamos día y noche
como arcabuces cuya pólvora no alcanzamos
así contigo como intentando acribillar los pasajes
por donde se echaron a andar
y se hagan cada vez más profundos
para que partan infinitamente
hasta que el permanecer sea una palabra desgastada
vacuada completamente
y yo no pueda más volver en reloj alguno
a reclamar un extremo de tierra
un tramo de piel
un ruido inútil
un nombre

¿UNA VEZ es un ave o un familiar enfermo del abismo? *Una vez...* es como le cuentas a ellos sobre dos ejércitos vestidos de chocolate. ESA VEZ se incrusta inevitable entre tus labios, un paso al lado de la ira. Ir a. ¿Adónde fueron *esa vez?* Cuando el no entiendo o el tu ira no es mi ira (pasión del alma o pretexto serpenteando bajo la ropa). Cruce la frente UNA, mandas, cuando es múltiple el adentro. *Esa vez* come y bebe de mi mesa. ESA hambre tuya no es
mía.

*Aquello está sobre las brasas de la tierra,
en la mera boca del infierno.*

Juan Rulfo

recorto pelo y uñas con vehemencia
Juan dice que no hay escondite seguro
y me arrincono a esta piel con fe
mientras aguardo a que salgan las ranas
y el agua se filtra en mi frente
con su sonido irrefrenable

vuelvo los ojos a ese pozo abierto en el estómago
donde caen los objetos extraviados
y no recuerdo nada que deba buscar
enunero y son solo estas uñas este pelo
y este hambre que ese pozo no traga

Juan ya no dice nada
yo le hablo a todas horas
del calor que lo hierve todo
y de mi temor a empequeñecer
de tanto sudor y espera

Suenas Nachtmusik.

Se dijo en la antesala:

«música como la noche y su fragancia de verano»
y miles de orejas fueron tras ella.

Aquí los días y su lumbre se suceden imparables.
La tos crece, la vamos criando en la membrana.
Escarbamos esa nota, incrédulos,
para sentir el heno nutriendo las bocas,
la leve compañía de la turbulencia.

Aquí toda señal de hierba fue arrancada.
Solo el estribillo mortal de la duda reverdece
en el roce violento de los seres.

*un tiempo de plenitud,
un tiempo de decrepitud,
un tiempo de afinamiento,
un tiempo de espesamiento,
un tiempo de vida, un tiempo de muerte,
un tiempo de derrumbe,
un tiempo de erección,
un tiempo de yin,
un tiempo de yang.*

Severo Sarduy

Averiguo entre las ruinas,
trato de entender la razón de tu búsqueda incesante.
La explosión a orillas de esa garganta,
la mudez en la que te recuestas.
El fragmento grita sus mi – ne – ra – les,
el nombre de tu hambre,
el agujero que llevas en la frente,
el beso de tus muertos.
«Mañana», susurras,
«completaré lo que se me ha negado ser»,
y una vez más recorres las calles,
«lo probable debe ocupar un lugar», dices,
y siento el peso de tu rostro ocupando el mío,
y en mis uñas todas las astillas
con sus topografías interiores de lo perdido,
abriéndose a plena luz del día

como precipicios en el borde de las cosas,
que la gente esquiva como quien espanta las moscas
y, sin embargo, su nitidez llega a mí, agrieta mis huesos.
Voy yo ahora a husmear en los rincones
a detenerme en la sed que en el fondo me observa
y le digo a quien se acerca y me pregunta,
«lo posible tiene el rostro de la ausencia
hay que concentrarse en el final de cada corte,
dejar las prendas una por una,
abandonar la vena para que otro la circule».

esa cáscara de la fruta nocturna
adherida a la piel
el desgarró sonando sin tregua
y el grave verdor de la culpa
navegando el tibio recuerdo
 la rendija que desmantela la claridad
metal que cicatriza el martillo
 la fibra expuesta ante la disección ya no responde
las alas atrapadas
 el intento más allá de la masa
hierro no forjado
 con las dimensiones de matices futuros
 abre sus extremos al desconcierto

cuarto inciso

el cadáver de mi caballo me acompaña
su mandíbula tierna
me da los buenos días
y yo limpio sus dientes
mientras veo llegar la luz
su respiración se agita
envidio su paso
tan gallardo entre las sombras

escalar la duración y la distancia
Narciso, ¿conociste al padre de tu padre?
su imagen y semejanza

—claro—

¿qué culpa tenías!
¿qué viste? ¿cómo eran esas aguas?

incidere

tu rostro y otra capa naciendo del corte
tu cuerpo era la certeza fracturada
nada más tuyo huyendo
nada más ajeno
viste a las personas del verbo en fuga
el alfabeto solitario
sin alfa y sin omega
rotos estaban todos los espejos
tú que no podías volver
desilusionado de la repetición
te acercaste a la fuente
al tallo hueco

Eco

¿cómo amar el laberinto de lo mismo?
(el bostezo de la tautología o lo mismo que es en el trayecto
esto y otra cosa o la huella en el camino que al volver entrega
otro, como el otro que de tu boca a la mía es más lejano
(temblor que va del aquí al allí) y en lo vulnerable de no estar
demasiado separados de las puntas (cabo a los extremos entre
lo que empieza y lo que acaba) esas puntas que cierran lo
semejante desintegrado en la fuente (pasaje acuoso entre la
vida y la muerte), situada allí para negar cada borde y dejar
tus oídos anegados)

NEGAR EL SONIDO

no es cuando callan las ventanas de tu casa
negar es acariciar una superficie y su latido
resguardar su desaparición minuto a minuto
negar es anegar
las ondulaciones que desacostumbradamente se extraterritorializan abrazándose
dormidas y diurnas circunnavegando las fronteras de un incisivo doblez

el sonido es un animal recostado al lado de tu cama
es la curva de su cuerpo recogido

NEGAR EL SILENCIO

tú y yo velando un cadáver infinito
sin suficiente tierra para cubrirlo

parpadeo de la presencia

negar el sonido y el silencio
abrir la página

escudriñar el araño atisbar el reverso afilado

intentar palpar el fondo recorrer el espanto alojado en el oído diestro

enumeración de lo tallado paladeo hirviendo cada vocal

desgarro del nervio naciente recostarse en el tímpano asir el pulso uniforme

la marcha fúnebre que abrevia el salto

donde hacemos la incisión para poblar el horizonte palpito de la encía

la espiga me observa paso de pies contradictorios respiración bajo el terreno

en la suma de estas dimensiones nítido movimiento

de deseos amotinados a ciegas caricia del intermedio cálido

viento estival germina cada trino

sobre los puentes colgantes sobre el ronquido trashumante alimento

el insomnio en llamas el reflejo interminable viene

en innumerables rostros se aloja arde en el monte

elástica humedad intempestivamente caja insondable

diferida sordera entramado deshilachándose de resonancia

bocado del amanecer en los umbrales

en círculos desmonta los pasos triturado

de ceguera el espasmo macizo el violáceo reposo

duermen los bordes náufrago entre algas erizada ruta

su aguja vacío apuntala lenta

desciende al ritual de las horas la detonación

el rumor de la danza exhalación contigua amenazante

de la catalepsia en la fuente oscuro licor

juego del aquí y el allí irresistible

intermitente abismo tan en esto pelado y listo

labios temblorosos en disección tan en aquello aderezado

beso de grises arterias anclado en la sed

la melodía en los tendones en la densidad del peso sonoro

en la cost(u)ra simulada cálidas apariciones de lo orgánico

refundiciones felizmente erradas del gesto aprendido

de las criaturas trenzando nuevas pupilas rajaduras de luz

costado incompleto carcomido presente vestigios arrasados *bis*

ÍNDICE

CALIGRAFÍA DE LA SUTURA

hilos	15
<i>He cosido la noche...</i>	17
Eco en vela	18
ut sculptura poesis	19
las pesadillas de lo visible	20
<i>El mal hábito de las palabras...</i>	23
sol nocturno	24
insomnio	25
<i>La caricia del no saber atrincherado...</i>	31
umbral	32
danza	33
<i>La visión quebrada es condición de la pupila...</i>	34
fuga	35
implosión	36
baile	37
<i>Voces que edifican una cárcel de espejos...</i>	38
refracción	39
metamorfosis	40
<i>Renuevo estas agujas...</i>	41

SUEÑA LA IMPLOSIÓN

<i>mi playa, Narciso...</i>	44
primer inciso	45
<i>Entierro estas cuerdas...</i>	46

<i>Recién llegado agrieta el aire...</i>	47
<i>Volveremos como el peso del día...</i>	48
<i>Amasamos la arcilla...</i>	49
<i>Había una vez...</i>	50
<i>Una ventana para no mirar...</i>	51
<i>Es la temporada cuando todo desciende...</i>	52
<i>Otro espacio donde se desocupa el cuerpo...</i>	53
segundo inciso	54
<i>aquí...</i>	55
<i>Busco mis ojos infantiles...</i>	56
<i>Suena la piedra contra la piedra en el mortero...</i>	57
<i>No había...</i>	58
<i>hacer el desierto...</i>	59
<i>Imágenes de ayer descienden día a día...</i>	61
<i>Punto ciego...</i>	62
tercer inciso	63
<i>Sor Juana te creyó el verbo...</i>	64
<i>hay palabras que se llenan de tiempo...</i>	65
<i>con la piel alerta...</i>	66
<i>¿Una vez es un ave...</i>	67
<i>recorto pelo y uñas con vehemencia...</i>	68
<i>Suenas Nachtmusik...</i>	69
<i>Averiguo entre las ruinas...</i>	70
<i>esa cáscara de la fruta nocturna...</i>	72
cuarto inciso	73
<i>escalar la duración y la distancia...</i>	74
<i>negar el sonido...</i>	75

De esta primera edición de *Insomnio vocal*, se han compuesto quinientos ejemplares. La edición, publicada por Alastor Editores, domiciliada en Av. Juan de Aliaga 564, Dpto. 1305, Magdalena, Lima-Perú, con teléfono: 4605442 y correo electrónico: alastoreditores@gmail.com, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de F. M. Servicios Gráficos, Henry Revett 220, Santiago de Surco, Lima-Perú, en mayo de 2016. La edición se imprimió en papel bond avena de 80 gramos en caracteres Adobe Garamond Pro y estuvo al cuidado de Julio Isla Jiménez.